



UNIVERSIDAD ANDINA
SIMÓN BOLÍVAR
Ecuador

Paper Universitario

TÍTULO

**PENSAMIENTO CRÍTICO ECUATORIANO. TRADICIÓN
MARXISTA, CULTURA Y MEMORIA LITERARIA:
AGUSTÍN CUEVA, BOLÍVAR ECHEVERRÍA,
ALEJANDRO MOREANO**

AUTORA

**Alicia Ortega,
Docente del Área de Letras de la
Universidad Andina Simón Bolívar, Sede Ecuador**

Quito, 2014

DERECHOS DE AUTOR:

El presente documento es difundido por la **Universidad Andina Simón Bolívar, Sede Ecuador**, a través de su **Boletín Informativo Spondylus**, y constituye un material de discusión académica.

La reproducción del documento, sea total o parcial, es permitida siempre y cuando se cite a la fuente y el nombre del autor o autores del documento, so pena de constituir violación a las normas de derechos de autor.

El propósito de su uso será para fines docentes o de investigación y puede ser justificado en el contexto de la obra. Se prohíbe su utilización con fines comerciales.

Pensamiento crítico ecuatoriano. Tradición marxista, cultura y memoria literaria

Agustín Cueva, Bolívar Echeverría, Alejandro Moreano

*Ningún discurso que aspire a decir algo de interés
sobre la vida contemporánea
puede prescindir de la dimensión crítica.*

Bolívar Echeverría,
“Modernidad y capitalismo (15 tesis)”

Este libro ofrece una selección de artículos de tres ensayistas, imprescindibles al momento de pensar la tradición crítica del pensamiento ecuatoriano de filiación marxista, en la amplia perspectiva del siglo XX: Agustín Cueva, Bolívar Echeverría y Alejandro Moreano. Son pensadores que, desde el discurso crítico, la sensibilidad estética, el saber filosófico, la pasión política y el compromiso con la historia, han producido una sólida obra que estudia y problematiza los procesos de la literatura y la cultura del Ecuador y América Latina, en el marco de una crítica desmitificadora de la modernidad capitalista. La obra de estos intelectuales aporta a la comprensión de la sociedad contemporánea, desde una mirada siempre atenta a las condiciones históricas de nuestra producción cultural y en el horizonte de una reflexión que no ha dejado de exponer las relaciones y complicidades entre modernidad y orden colonial. Son escritores que se mantuvieron fieles a sus convicciones y pasiones aun cuando, hasta hace no mucho tiempo, el marxismo resultaba extemporáneo y parecía expulsado del ámbito académico frente a la crisis de una cultura política. En diferentes pasajes de la obra producida, a lo largo de casi cinco décadas, por Cueva, Echeverría y Moreano, no deja de gravitar la apuesta por la transformación radical de las relaciones sociales de convivencia en un sentido emancipador. Observa Bolívar Echeverría que teoría quiere decir “mirar de lejos, tomando cierta distancia”. Tomar distancia con respecto de lo que se está viviendo, “mirar las cosas no con la inmediatez que exige la vida

cotidiana”.¹ En este gesto de voluntario distanciamiento respecto de lo dado, para luego volver sobre ello ya en términos reflexivos y teóricos, podemos decir que nuestros pensadores aquí antologados asumen la escritura desde un lugar altamente contaminado: siempre dejando entrar al mundo con todas sus voces y cicatrices, en el anhelo por distinguir la mirada del ángel de la historia y hablar acerca de la experiencia del “otro lado”.

Agustín Cueva: entre la ira y la esperanza

Agustín Cueva (1937-1992) es un referente fundamental al momento de acercarnos a la tradición del pensamiento crítico ecuatoriano contemporáneo.² Desde una explícita filiación marxista, produjo un conjunto de trabajos que aportaron a la comprensión y radical problematización de la realidad social, política y cultural del Ecuador en una perspectiva latinoamericana. En el París de los años sesenta, y durante sus estudios de sociología, se introdujo de lleno en la obra de quienes contribuirían a su formación intelectual: Sartre, Barthes, Lévy-Strauss, Lukács. Dos décadas más tarde, al prologar la quinta edición de *Entre la ira y la esperanza*, Cueva rememora lo que denomina “hitos positivos” que marcaron su derrotero intelectual, y destaca el carácter poco ortodoxo de sus lecturas – *¿Qué es la literatura?*, *Teoría de la novela*, *El grado cero de la escritura* y *Mitologías*, *El pensamiento salvaje* y *Tristes trópicos*– para alguien “que se supone es un sociólogo

1. Bolívar Echeverría, “Filosofía y discurso crítico”, en *El materialismo de Marx. Discurso crítico y revolución*, México, Itaca, 2011.

2. Del conjunto de sus trabajos, sobresalen: *El proceso de dominación política en el Ecuador* (1972, Premio Casa de las Américas de 1971), *El desarrollo del capitalismo en América Latina: ensayo de interpretación histórica* (1977, Premio Ensayo Editorial Siglo XXI), *Teoría social y procesos políticos en América Latina* (1979), *La teoría marxista: categorías de base y problemas actuales* (1987), *Tiempos conservadores: América Latina y la derechización de Occidente*, compilador (1987), *América Latina en la frontera de los años 90* (1989), *Las democracias restringidas de América Latina: elementos para la reflexión crítica* (1989). Títulos a los que se suman ensayos publicados en revistas y libros de autoría colectiva: “Notas sobre el desarrollo de la sociología ecuatoriana” (1976), “Problemas y perspectivas de la teoría de la dependencia” (1979), “El método materialista histórico aplicado a la periodización de la historia de la literatura ecuatoriana: algunas conclusiones teóricas” (1981), “El Ecuador de 1925 a 1960” y “El Ecuador de 1960 a 1979” (1990), “La crisis de los años 60”, (1983), “Las raíces del conflicto centroamericano (1987), “Los movimientos sociales en el Ecuador contemporáneo: el caso del movimiento indígena” (1990), “Crónica de un naufragio: América Latina en los años 80” (1990), “El impacto de la gran depresión” (1991), entre otros. Entre 1968 y 1970 vivió en Chile, en donde ejerció la cátedra de Literatura en la Universidad de Concepción. En 1970 es nombrado profesor de la UNAM. En la capital de México, residirá como docente investigador de la Facultad de Ciencias Políticas y Sociales de la UNAM hasta 1990. En 1991 obtuvo el Premio Nacional Eugenio Espejo.

profesional”. Es ese amplio registro de intereses y lecturas, justamente, lo que define el lugar de enunciación de Agustín Cueva, en la producción de un corpus ensayístico que aúna el análisis sociológico, la crítica literaria, la cuestión política, la reflexión histórica, el debate de ideas y la movilización de las pasiones, al momento de abordar el estudio de la compleja realidad latinoamericana. Tal como apunta Alejandro Moreano, “la afirmación del ser nacional y de la creación, cultural o política, desde las profundidades del pueblo, frente a todo colonialismo”, fue el rasgo distintivo del pensamiento de Cueva, que se expresó tanto en su obra sobre los procesos económicos y políticos como en aquella sobre el acumulado cultural y literario de América Latina y el Ecuador.³ Cueva destacó por una labor que privilegió el planteamiento de grandes interrogaciones y sugerencias de interpretación del mundo: “Diría incluso que mi proceso de adhesión al marxismo obedeció, en proporciones probablemente equiparables, tanto a una opción ético-política como a la fascinación por la única ciencia social (el materialismo histórico) que jamás pierde de vista la totalidad del hombre en su historia, que aspira siempre a reconstruir”.⁴ Si bien el estudio de los procesos políticos y económicos de Ecuador y América Latina concentró gran parte de la producción intelectual de Cueva, la preocupación por la cultura y la literatura ocupa un lugar central en ella. Son tres los libros dedicados a la reflexión literaria, además de múltiples artículos, reseñas y conferencias: *Entre la ira y la esperanza* (1967), *Lecturas y rupturas. Diez ensayos sociológicos sobre la literatura en el Ecuador* (1986), *Literatura y conciencia histórica en América Latina*, publicado póstumamente en 1993.

El pensamiento y obra de Cueva emergen en la escena ecuatoriana de los años sesenta, una década marcada por el impacto de la Revolución cubana, el debate acerca del compromiso del escritor en la lucha de clases, los procesos de la descolonización de occidente y la voluntad de modernidad expresada en la crítica de la cultura, el enfrentamiento radical al orden establecido, la irrupción de un movimiento intelectual que procuró la popularización de la cultura, así como el descrédito de su institucionalización. El

3. Alejandro Moreano, “Agustín Cueva”, en Alicia Ortega, editora, *Historia de las literaturas del Ecuador. Literatura de la República 1960-2000 (segunda parte)*, t. 8, Quito, Corporación Editora Nacional /Universidad Andina Simón Bolívar, 2012, p. 227.

4. Agustín Cueva, “Veinte años después. Introducción a la quinta edición de *Entre la ira y la esperanza*”, en *Entre la ira y la esperanza*, Quito, Planeta, 1987, p. 9.

El tzantzismo fue entre 1962 y 1969 –en el contexto de la junta militar del 63 al 66– el movimiento de confrontación, en su expresión de “parricidio intelectual”, que protagonizó la escena cultural en Quito.⁵ Fue un movimiento iconoclasta, rebelde y de negación, marcado por el llamado a la acción, la demanda de presente y el sentido de urgencia. “Desprovincializar” la literatura, politizar el arte, negar la tradición heredada, en vínculo con una militancia revolucionaria, son ejes de una práctica que buscó escenificar la emergencia de una “nueva moral intelectual”, en palabras de Alejandro Moreano, tanto en el enfrentamiento entre el escritor y el poder, como en la relación entre el intelectual y el pueblo: “el carácter de la concepción política imperante convirtió al pueblo en escenario y el destinatario de la acción cultural, no en el sujeto y la fuente de la creación”.⁶ Este colectivo buscó y ensayó innovadoras formas de asumir el hecho literario –como vehículo transformador de la sociedad–, en el horizonte de una lucha que devino primordial: la construcción de una “auténtica cultura nacional y popular”. Algunos órganos que canalizaron ideas y estéticas del movimiento fueron las revistas: *Pucuna*, editada por el Grupo Tzántzico y dirigida por Ulises Estrella –de la que salieron un total de nueve números entre 1962 y 1968–, *Indoamérica* –fundada por Agustín Cueva y Fernando Tinajero, de la que se publicaron ocho números, entre 1965 y 1967, *La bufanda del sol* –dirigida en su primera época por Alejandro Moreano y Francisco Proaño, de la que salieron tres números, entre junio de 1965 y julio del año siguiente.⁷ Este es el escenario en el que aparece *Entre la ira y la esperanza*.⁸ En palabras de Cueva:

5. Fernando Tinajero definió al colectivo en los siguientes términos: “Los tzántzicos trasladaron a la cultura la estrategia de la guerrilla, renunciaron a la investigación reposada y a la elaboración estética, y adoptaron la oralidad y el montaje cuasiteatral como vehículos que garantizaban una comunicación directa y agitacional con un público de obreros y estudiantes, bien que sacrificando para siempre una buena parte de su producción poética” (*De la evasión al desencanto*, Quito, El Conejo, 1987, p. 90.). Agustín Cueva y Bolívar Echeverría estuvieron dinámicamente vinculados al grupo. Fueron también integrantes: Ulises Estrella, Fernando Tinajero, Alfonso Murriagui, Marco Muñoz, Leandro Katz, Simón y Luis Corral, Rafael Larrea, Antonio Ordóñez, Álvaro San Félix, Jorge Escobar, Teodoro Murillo, Humberto Vinuesa, Abdón Ubidia.

6. A. Moreano, “El escritor, la sociedad y el poder”, en varios autores, *La literatura ecuatoriana en los últimos 30 años (1950-1980)*, Quito, El Conejo, 1983, p. 118.

7. Tinajero nos recuerda que fue en *Indoamérica* donde aparecieron las primeras incursiones de Cueva en el tema de la cultura nacional y sus primeras exploraciones del proceso político ecuatoriano, que se ampliaría después a toda América Latina. Allí tomaron forma sus iniciales reflexiones sobre la ideología del mestizaje y el populismo, en el curso de una crítica a la dominación capitalista en América Latina. Cfr. F. Tinajero, “Agustín Cueva, o la lucidez apasionada”, en *Agustín Cueva. Ensayos sociológicos y políticos*, introducción y selección de Fernando Tinajero, Quito, Ministerio de Coordinación de la Política, 2012, p. 9-72.

8. Seleccionada por la UNESCO como una de las treinta obras de la colección “Patrimonio literario de la humanidad”.

El libro fue escrito íntegramente en el Ecuador y en su mayor parte al calor de los debates que se daban en el entonces famoso “Café 77”, en los foros universitarios y sindicales o en revistas como *Pucuna* e *Indoamérica*, que a su vez se hacían eco de todo el pensamiento renovador y revolucionario de América Latina y el Tercer Mundo en general. [...] Para comenzar, estaba la influencia de las nuevas corrientes políticas radicales, que iban desde el guevarismo hasta el maoísmo, pasando por un cristianismo de izquierda que ya se dejaba sentir a través de grupos como el de La Golconda, de Colombia. Junto a ello, teníamos la resonancia de todo lo que había surgido de innovador en la literatura de la última década, desde la producción de la generación “beat” o de los concretistas brasileños hasta el “nadaísmo” colombiano, la poesía de Ernesto Cardenal o los textos vanguardistas de *El caimán barbudo* o *El corno emplumado*. Teatro “pánico” incluido. En novela, el gran centro de atención y discusión eran naturalmente las recientes obras de Fuentes, Cortázar, Vargas Llosa y poco después García Márquez, dentro de un espíritu renovador en el que era impensable la escisión entre vanguardia artística y vanguardia política. [...] Como no dejábamos de apreciar el *nouveau roman* o el teatro del absurdo franceses, al mismo tiempo que nos sentíamos fascinados por el descubrimiento de la música latinoamericana nacida en los surcos abiertos por Violeta Parra y Atahualpa Yupanqui, y deslumbrados por el *cinema novo* brasileño o los filmes de Jorge Sanjinés.⁹

Entre la ira y la esperanza ensaya una lectura radicalmente innovadora y original de la literatura y la cultura ecuatoriana, desde la colonia hasta los años sesenta del siglo XX. Allí Cueva desarrolla un giro radical con respecto a la tradición crítica anterior: se propone pensar la historia y el desarrollo de la literatura en función de su origen colonial. Con tono incisivo e irreverente pone en cuestión una serie de criterios y juicios, consagrados en función del así denominado buen gusto, o, en otros casos, establecidos desde una matriz eurocéntrica y perspectivas hispanizantes. Básicamente la tesis de Cueva es que la literatura colonial, e incluso aquella producida durante el periodo republicano en función de una continuidad cultural, es una de carácter “inauténtico” puesto que se ha producido de espaldas a la experiencia vital en América. A lo largo de su lectura, Cueva identifica momentos de “ruptura” con respecto a una matriz colonial (Espejo, Montalvo, los escritores de la Generación del 30), que descubren una realidad hasta entonces “dorada por la literatura”. La reflexión de Cueva coloca la institución literaria en el terreno de la cultura,

9. A. Cueva, “Veinte años después”, p. 10-11.

en tanto campo de batalla y luchas por el poder representacional. La literatura, en suma, es asumida como espacio de disputas e intereses de clases, enraizada en las fisuras de la historia, portadora de diferentes formas de conciencia social. Desde esta perspectiva, la literatura que abre los caminos hacia la esperanza es aquella que rompe con el lenguaje engolado, que se alimenta de las hablas reales, que cumple un papel revelador cuando deja al descubierto la distancia que existe “entre el horror de la realidad y la imagen idílica que tradicionalmente se ha presentado de la misma”. La lectura de Cueva busca insistentemente desacralizar el discurso literario, revolcarlo en el magma vital para colocarlo a ras de tierra, en el epicentro de las luchas sociales y los desgarramientos de la historia. Alejandro Morano sintetiza con generosa lucidez el aporte de Agustín Cueva:

Entre la ira y la esperanza fue síntesis insuperable de una nueva visión crítica de la literatura ecuatoriana, que se correspondía con el clima de ruptura que los movimientos literarios del Ecuador, en particular el *tzantzismo*, creaban. Fundado en Lucien Goldmann y en cierto Lukács –y quizá de modo indirecto en Bourdieu–, Cueva puso en acción la tesis de una sociología literaria que encuentra las determinaciones sociales en la forma estética y no en los contenidos, y, sobre todo, en una concepción de campo intelectual como la relación de fuerzas entre distintas formas estéticas y géneros literarios, con la hegemonía de uno de ellos en cada época histórica.¹⁰

Son algunas las premisas y categorías que establece Cueva como punto de partida en su ejercicio crítico: el interés por “la repercusión social” de la literatura y la categoría de “clase social”, para comprender el modo cómo en cada periodo se acepta o rechaza una cierta producción literaria. De allí que, desde una declarada matriz marxista, para Cueva no es posible pensar la literatura al margen de la clase que la produce y la consume. Aunque el ejercicio crítico de Cueva ha sido calificado como sociológico, presta especial atención al género literario, en tanto “dación de forma” que se adecua a los requerimientos que cada coyuntura histórica postula. Para Cueva es fundamental distinguir la literatura producida en países que han sido colonizados de aquella producida en países de “desarrollo espontáneo y libre”, con el propósito de no desconocer el origen colonial de la literatura ecuatoriana. Cueva coincide con el esfuerzo de otros latinoamericanos que, también hacia los setenta, articularon una propuesta de crítica literaria y cultural que no soslaya la marca colonial en

10. A. Moreano, “Agustín Cueva”, p. 229.

el origen de la literatura en América Latina. Así, Ángel Rama supo reconocer en el origen de la “ciudad letrada” su vinculación y funcionalidad al orden colonizador: una instancia, sostiene el crítico uruguayo, que “componía el anillo protector del poder y ejecutor de sus órdenes”.¹¹ En esta perspectiva se inscribe el interés de Cueva por destacar, en el amplio espectro de la historia literaria ecuatoriana, aquellas expresiones de cultura que significaron distanciamiento y ruptura con respecto a los parámetros de la “ciudad letrada” y su matriz colonial. El objetivo fundamental de Cueva es demostrar que la literatura ecuatoriana ha estado históricamente signada por su “carácter inauténtico”. El crítico es radical al establecer la continuidad de la cultural colonial en el Ecuador constituido en nación. De hecho, esta certeza –el sustrato colonial en la literatura del país– es el punto de partida y motivación de su proyecto crítico. Leamos sus palabras preliminares del libro en cuestión:

Y hoy, en 1967: solapada, esquivada, cual si temiese que advirtamos la magnitud de su presencia; el ruido de sus campanas opacado por el de las bocinas de lujosos automóviles, y la clientela de sus templos relativamente mermada –la Colonia sigue en pie. Solo que a fuerza de cohabitar con ella, su rostro se nos ha vuelto tan familiar que hasta parece contemporáneo nuestro...¹²

En suma, el reconocimiento de la vigencia colonial en la contemporaneidad ecuatoriana es lo que provee a Cueva el “material para la ira”. El carácter “inauténtico” de la cultura ecuatoriana es también destacado por el crítico en su análisis del arte (pintura, escultura, arquitectura), tanto colonial como nacional. Un capítulo que forma parte de *Entre la ira y la esperanza*, ampliamente discutido e incluido en la presente antología, es “Mito y verdad de la cultura mestiza”. El texto es radical al momento de señalar enfáticamente la ausencia de una cultura mestiza en Ecuador, “donde nos debatimos entre la dificultad, imposibilidad tal vez, de levantarnos a partir de lo propio solamente, que sabemos incipiente, y el temor fundado de ‘enriquecernos’ con lo extranjero pero alienándonos”: “originalidad sin cultura o cultura sin originalidad”, tal es la disyuntiva frente a la que se abisma el pensamiento de Cueva y sus compañeros de generación, en el empeño por hilvanar las piezas residuales, parches, retazos, injertos y prótesis de una cultura percibida en su fragmentación e internos desencuentros. En el mencionado ensayo, Cueva introduce

11. Ángel Rama, *La ciudad letrada*, Hanover, Ediciones del Norte, 1984, p. 25.

12. A. Cueva, *Entre la ira y la esperanza*, Cuenca, Casa de la Cultura, Núcleo del Azuay, 1981, p. 7-8.

el concepto de “lenguaje-ablución” para dar cuenta de una dinámica cultural en la que el lenguaje no sirve para comunicar una realidad, cuanto para enmascararla y sacralizarla. “Lenguaje apósito” dice Cueva al momento de calificar ese lenguaje divorciado de la vitalidad de las hablas reales, lenguaje que porta las marcas del hecho colonial: “Sentáronse así los cimientos para la construcción de una sociedad mistificada y mistificante, en la cual el lenguaje –ideología– no serviría tanto para señalar una realidad, cuanto para encubirla. Ha sido desde entonces este lenguaje, por así decirlo, un ropaje fastuoso destinado a cubrir las llagas sociales; ha sido, históricamente, el paliativo verbal al mal social, la cursi poesía de una infame realidad. Y tan grave es hoy la degeneración del lenguaje, y de las letras en general, que en el momento de escribir uno ya no sabe qué instrumento emplear”.

Cueva se inserta así en un debate latinoamericano de largo alcance, que entronca con el Manifiesto Antropofágico de Oswald de Andrade, la invitación de Silviano Santiago para reconocer el “entre lugar” como lugar de enunciación del discurso latinoamericano, la propuesta de racionalidad y utopía en los términos de Aníbal Quijano en el afán por romper los cercos de nuestra “permanente nota de dualidad”. Con el propósito de resignificar el lugar de nuestra escritura, varias generaciones de intelectuales se han volcado a la tarea de generar conceptos-metáforas con este aliento: transculturación, heterogeneidad, hibridación, canibalización, entre otros, expresan dicha búsqueda. Así mismo, se trata de una indagación que coincide con las preocupaciones de otros intelectuales que hablan desde geografías que portan también la huella del hecho colonial: las categorías de simulación y mimetismo tal como las comprende el teórico Homi Bhabha, o la “ley de bronce” enunciada por Sartre –según la cual el colonizado no dispondría de más armas que las que logre arrebatar al colonizador–, a la que el mismo Cueva acoge al momento de pensar la “ambigüedad” de la cultura nacional: “O lanzamos impropiedades en español contra esa Europa cuyos refinamientos, crueldad y cinismo nos asombran por igual”, formulación que coincide con Fernández Retamar en la elección de Calibán como nuestro símbolo: “¿Qué otra cosa puede hacer Calibán sino utilizar ese mismo idioma para maldecir, para desear que caiga sobre él la ‘roja plaga’?”, “¿qué nuestra historia, qué nuestra cultura, sino la historia cultural de Calibán?”.¹³ El concepto de “lenguaje-ablución” bien puede dialogar con la noción de “blanquitud” tal como la propone Bolívar Echeverría, en el sentido de

13. Roberto Fernández Retamar, “Calibán”, en *Todo Calibán*, Buenos Aires, Clacso, 2004, p. 34.

reconocer en ella el rasgo identitario-civilizadorio de la modernidad capitalista. Un sentido de “blanquitud” que postula, como condición de la humanidad moderna, un conjunto de características a ser interiorizadas en el orden de lo ético, pero al mismo tiempo perceptibles en rasgos visibles de una apariencia física, una propiedad del lenguaje, la compostura de gestos y movimientos.¹⁴

Cueva inauguró una forma de pensamiento crítico que colocó la literatura en el centro mismo del debate cultural y político, que problematizó el sentido y los alcances de aquello que se entiende por “cultura nacional” a partir de una crítica radical a la llamada “cultura mestiza”. Sobre todo, Cueva fue de los primeros que, en la segunda mitad del siglo XX, supo reconocer, con toda la fuerza de su esperanza, el valor de la literatura de los años treinta: “No a causa de sus méritos formales (sus autores no eran “estilistas” ni escritores “castizos” y, lo que es más, les habría repugnado serlo) sino como consecuencia de un desborde antes desconocido de vitalidad nativa, exuberante a veces, mestiza y por lo tanto original, genuina (primer paso hacia la conformación de una literatura y un arte propiamente nacionales)”.¹⁵ Desde el reconocimiento de una histórica inautenticidad en la literatura ecuatoriana, a Cueva le interesa destacar escenarios en los que, de la mano de una nueva clase social emergente, es posible advertir un combate contra la vigencia colonial: instancias de ruptura, de grietas en la matriz colonial; momentos para la “esperanza”. La escritura de Cueva está cargada de ironía, es radical en su interpretación, combativa y confrontadora en sus afirmaciones. Las lecturas de Cueva aportaron significativamente al momento de pensar y comprender el aporte de los escritores de la Generación del 30, la obra de Jorge Icaza y Pablo Palacio, así como el sentido y alcance de las denominadas literaturas indigenistas, en el contexto de un debate en torno al realismo y el impacto de las vanguardias.

En 1986, Cueva publica *Lecturas y rupturas. Diez ensayos sociológicos sobre la literatura en el Ecuador*, libro que reúne un conjunto de estudios escritos entre 1967 y 1985. En el ensayo dedicado a Icaza, Cueva destaca el proyecto totalizador de su obra y su

14. B. Echeverría, “Imágenes de la ‘blanquitud’”, en *Modernidad y blanquitud*, México, Era, 2010, p. 57-86. Debo a Fernando Tinajero la relación entre el lenguaje concebido como ablución y el concepto de “blanqueamiento”. Cfr. “Agustín Cueva”, p. 17.

15. A. Cueva, “La esperanza y la ira”, en *Entre la ira y la esperanza*, p. 169.

radical ruptura con todo rezago de purismo lingüístico, así como la posibilidad de reconocer en ella “todos los matices sociales” en el contexto de las idiosincrasias, hablas, culturas nacionales. Lo que interesa a Cueva es recuperar la historicidad necesaria para comprender la obra de Icaza así como la narrativa realista en conjunto. En este sentido, para Cueva, el realismo y su vertiente indigenista icaciana, formularon la única respuesta posible frente a la “tarea histórica” de “forjar una lengua literaria nacional”, ante la total ausencia de un acumulado simbólico “codificado desde abajo”. *Lecturas y rupturas* incluye el ensayo “El mundo alucinante de Pablo Palacio”, fechado en 1971. Este corto artículo –que sirvió de prólogo a *Un hombre muerto a puntapiés y Débora*, publicado en 1971, por la Editorial Universitaria, Santiago de Chile– se cierra con el señalamiento que hace Cueva acerca del redescubrimiento de Palacio por parte de la nueva generación. “En pos de la historicidad perdida”, publicado originalmente en 1978 en la *Revista de crítica latinoamericana*, fue el punto de arranque de una polémica, al señalar a Palacio como un escritor “interesante pero de segunda línea”. La acritud del debate obedeció, como bien ha sido advertido por Alejandro Moreano, al momento en que se dio, pues en los setenta estaba en juego la legitimación de una nueva promoción literaria, aquélla que rompía con el realismo social y emergía bajo el tutelaje de Palacio justamente.

Literatura y conciencia histórica en América Latina reúne varios estudios sobre literatura latinoamericana: *Cien años de soledad*, de Gabriel García Márquez; las crónicas de la conquista, *La araucana*, de Alonso de Ercilla, el pensamiento de Fray Bartolomé de las Casas. El libro se cierra con un artículo en el que vuelve al debate en torno a Palacio, “*Collage* tardío en torno *l’affaire* Palacio”. En este ensayo Cueva retoma el tono combativo y polemista de su primer libro con el explícito propósito de responder a los debates generados, en torno a las afirmaciones que había formulado sobre el escritor lojano en su libro anterior. Es un texto en el que sin duda Cueva cautiva y seduce a su lector, aun sin estar en todo con él de acuerdo. Es el ensayista que empalma con una tradición latinoamericana de larga data, que alcanza, fuera de todo protocolo académico, sus momentos culminantes en la encendida y abierta polémica. En este artículo, Cueva sostiene, y en ello está en lo cierto, que Palacio no perteneció a la Generación del 30, pues dejó de escribir cuando la literatura del realismo social recién empezaba. Afirma también que ningún escritor de la nueva generación, es decir la del setenta, escribe como lo hizo

Palacio, pues ellos más bien están leyendo la producción del “boom” latinoamericano. Así, a la mirada de Cueva, la construcción de ese “mítico padre” literario respondería a un “miedo a la orfandad” en el contexto de la tradición nacional. Como bien lo ha señalado Moreano, Cueva fue a contracorriente del movimiento literario de la época, que necesitaba romper con la Generación del 30 y buscaba a Palacio para legitimarse. Vale destacar las polémicas que protagonizó Cueva en torno a Icaza y Palacio no solamente por la importancia al momento de pensar el corpus literario ecuatoriano, sino porque, en el marco de una tradición crítica, el debate sigue aún vigente, como lo vamos a observar en la reflexión crítica de Alejandro Moreano.

Agustín Cueva no dejó de considerar el hecho literario desde una mirada y una sensibilidad de alcance regional, con el deseo de pensar y comprender América Latina como totalidad cultural marcada por similares procesos históricos. En razón de ello, hemos seleccionado para este libro el ensayo dedicado a dos novelas de García Márquez: *El coronel no tiene quien le escriba* y *Cien años de soledad*. Se trata de un texto en el que Cueva lee con acuciosa atención la obra anterior a *Cien años*, en el esfuerzo por comprender el proceso de una empeñada búsqueda: la de una dación de forma a la materia prima macondina –un mundo en el que está presente la idea de fatalidad, la soledad, la dificultad de comunicación, cierta forma de ostracismo interior, en la configuración de una narración de carácter epopéyico.

Bolívar Echeverría: las ilusiones de la modernidad

Bolívar Echeverría (1941-2010) ha sabido expresar los complejos recorridos del pensamiento latinoamericano posterior a la revolución cultural mundial del 68, en el esfuerzo por mantener vigente la radicalidad del discurso crítico marxista.¹⁶ Alejandro

16. Bolívar Echeverría, filósofo, escritor, docente e investigador. Obtuvo el título de *Magister artium* en la Universidad Libre de Berlín, en 1968. Concluye en la UNAM su licenciatura en Filosofía en 1974. Años más tarde, realiza en la misma universidad una Maestría en Economía (1991) y un Doctorado en Filosofía (1995). Desde 1973 estuvo vinculado a la UNAM en calidad de docente e investigador (desde 1988 como profesor titular de tiempo completo de la Facultad de Filosofía y Letras, en la licenciatura y en el posgrado de la misma institución). Desde 1968 desarrolló un prolífico y sostenido trabajo de traducción para la industria editorial mexicana (Siglo XXI, FCE, Era, El Equilibrista, Itaca). Fue editor y organizador de varias revistas culturales: *Pucuna* (Quito, 1961-1964), *Latinoamérica* (Berlín, 1962-1967), *Cuadernos políticos* (México, 1974-1989),

Moreano distingue tres fases en la producción filosófica de Bolívar Echeverría:¹⁷ una primera, desplegada entre 1975 y 1990, estuvo orientada al estudio y defensa del carácter crítico del marxismo –frente a las lecturas ortodoxas que lo habían deformado y desdibujado, en el marco del denominado “socialismo existente”: *El discurso crítico de Marx* (1986), *Circulación capitalista y reproducción de la riqueza social. Apunte crítico sobre los esquemas de K. Marx* (1994). La reflexión sobre el barroco concentra una segunda fase de su producción filosófica –*Conversaciones sobre lo barroco* (1993), *Modernidad, mestizaje cultural y ethos barroco* (1994), *Modernidad de lo barroco* (1998). Echeverría diferencia diversos *ethos* históricos con el propósito de distinguir diversas modernidades; es decir, diferentes formas de realización de la modernidad capitalista (variables según la región y la época). El filósofo establece cuatro tipos básicos de modernidad “realmente existente”: realista, romántico, clásico y barroco. Cada uno supone formas de vida cotidiana, en el anhelo por hacer vivible lo invivible: “una peculiar manera de vivir con el capitalismo”. En este sentido, el *ethos* de una época supone la respuesta que prevalece en ella ante la necesidad de superar el carácter insoportablemente contradictorio de su situación histórica específica –el *ethos* histórico como principio de organización de la vida social. A cada uno de este conjunto de formas de vida cotidiana –“usos y costumbres” o “refugio y abrigo civilizatorio”– denomina Echeverría *ethos* (cada uno aparece siempre combinado con los otros, según las circunstancias en la vida de las distintas “construcciones del mundo” modernas). Observa Echeverría que en el *ethos* barroco se encuentra una conflictiva combinación de conservadurismo e inconformidad, así como una distintiva capacidad de mestizaje, con particular fuerza en América Latina:

Es una estrategia de afirmación de la “forma natural” que parte paradójicamente de la experiencia de la misma como sacrificada, pero que –“obedeciendo sin cumplir”

Palos (México, 1980-1981), *Economía política* (México, 1976-1985), *Ensayos* (México, 1980-1988), *Theoría* (México, desde 1991). Fue merecedor de varios premios y reconocimientos: Premio Universidad Nacional a la Docencia (México, 1997), Premio Pío Jaramillo Alvarado (FLACSO-Quito, 2004), Premio Libertador al Pensamiento Crítico (Caracas, 2007). Sus investigaciones recurrentes parten del estudio de la obra de Heidegger y Sartre, de una reinterpretación crítica de *El Capital* de Marx y de un desarrollo de la teoría crítica de la Escuela de Frankfurt. Impulsó la publicación y reedición de las obras de Rosa de Luxemburgo en México. Difundió ampliamente en América Latina a Simmel, Sartre, Benjamin, Braudel. Su amplio campo de interés abarca una teoría de la cultura, una definición de la modernidad y la interpretación del barroco latinoamericano. Hasta el día de su muerte, coordinó el Seminario Universitario: “La modernidad: versiones y dimensiones”, en la UNAM. Ver “Trayectoria”, en <www.bolivare.unam.mx>.

17. A. Moreano, “Bolívar Echeverría entre Marx y el Barroco”. Manuscrito facilitado por su autor.

las consecuencias de su sacrificio, convirtiendo en “bueno” al “lado malo” por el que “avanza la historia”– pretende reconstruir lo concreto de ella a partir de los restos dejados por la abstracción devastadora, re-inventar sus cualidades planteándolas como “de segundo grado”, insuflar de manera subrepticia un aliento indirecto a la resistencia que el trabajo y el disfrute de los “valores de uso” ofrecen al dominio del proceso de valorización.¹⁸

Echeverría dedicó varios ensayos y libros a pensar lo barroco, la “voluntad de forma barroca”. Allí destaca su capacidad de provocar experiencias radicalmente ambivalentes, estados de vértigo en situaciones en que los contrarios se interpenetran o se mezclan. Características que posibilitaron escenificar en las obras barrocas el contacto de la dimensión terrenal y la celestial, del mundo humano y el mundo divino, de la luz y las tinieblas, de la vida y la muerte –de lo que sabría valerse la Iglesia católica en su proceso de renovación y modernización.¹⁹ Con este aliento, Echeverría indaga acerca del “paradigma barroco” en el discurso filosófico moderno, así como en la historia de la cultura para comprender un cierto modo de comportarse y de hacer las cosas, en el empeño por romper con una mirada que juzgó el hecho barroco como expresión de “mal gusto” y desviación escandalosa de una supuesta esencia humana. En la “actitud barroca”, Echeverría destaca su necesidad de trasgresión, la capacidad simultánea de disimulo y resistencia, la estetización de la vida cotidiana.

Las ilusiones de la modernidad (1995) y *Valor de uso y utopía* (1998) destacan como hitos cardinales de un tercer momento. “Modernidad y capitalismo (15 tesis)”, texto seleccionado para esta antología y parte de *Las ilusiones*, es considerado por la crítica como uno de sus mayores logros en la formulación de una teoría crítica de la modernidad: “los dos textos postularon el redespliegue de un marxismo crítico y abierto al pensamiento contemporáneo. Podría hablarse de un cuarto momento, durante la última década de su vida, en el que Echeverría retoma antiguas líneas de investigación en la formulación de un

18. B. Echeverría, “Modernidad y capitalismo (15 tesis)”, en *Las ilusiones de la modernidad*, México, UNAM/El equilibrista, 995, p. 165-166.

19. B. Echeverría, *La modernidad de lo barroco*, México, Era, 1998.

ambicioso proyecto de reconstruir una nueva teoría de la cultura: *Definición de la cultura* (2001), *Vuelta de siglo* (2006), *Modernidad y blanquitud* (2010).²⁰ Un componente nuclear en la reflexión de Echeverría es la dimensión política de la obra de Walter Benjamin, y su ángel de la historia, en la búsqueda de la actualidad de su discurso.²¹ El filósofo ecuatoriano reconoce en la inadecuación de Benjamin con los usos de su tiempo, con las costumbres de su ciudad, una vida que, para afirmarse como tal, tiene que cumplirse contra la corriente, en medio de una propuesta difusa pero incondicional de inadecuación con las condiciones en las que debe desenvolverse: “su indefensión es activa, no pasiva”.²² Distingue en Benjamin, con quien se identificó, una “afectividad militante pero ambivalente” frente a la experiencia de la modernidad, a la que intentó descifrar a lo largo de toda su obra. A partir de la lectura (y traducción) de las *Tesis sobre filosofía de la historia*, Bolívar Echeverría profundiza en los conceptos de utopía y mesianismo:

El utopismo occidental, en el sentido último de la palabra, consiste en una determinada manera de estar en el mundo en que vivimos; de vivirlo como un mundo que normal o efectivamente es imperfecto, pero que tiene en sí mismo, coexistente con él, una versión suya, perfecta, acabada o “auténtica”; una versión además, que debería estar siempre en el lugar o la dimensión de lo real, pero que no está allí, que no tiene lugar más que en aquellos momentos en que el ser humano merece su estatus ontológico excepcional, es decir, está a la altura de su destino. Este mundo perfecto que está allí como posibilidad del mundo actual, y que es coextensivo a él, constituye el fundamento de una crítica espontánea de lo establecido; es en cierta medida una especie de exigencia objetiva, que le pide transformarse radicalmente o quitarse del lugar de lo realmente existente para ponerse él allí. La percepción del mundo como esencialmente perfectible es propia del utopismo occidental. [...].

Algo similar a esto, pero en un registro mítico completamente diferente, encontramos también en el espíritu mesiánico. De estirpe oriental, capaz de percibir una lucha

²⁰ Ver Carlos Antonio Aguirre Rojas, “El itinerario intelectual de Bolívar Echeverría”, en *Siete aproximaciones a Walter Benjamin*, México, desde abajo, 2010, p. 7-24.

²¹. A Benjamin le dedicó un importante corpus ensayístico, producido entre 1994 y 2008, recogido en una publicación póstuma *Siete aproximaciones a Walter Benjamin*, México, ediciones desde abajo, 2010. Tradujo y editó las *Tesis sobre la historia y otros fragmentos*, de Walter Benjamin: México, Contrahistorias, 2005. Compiló un conjunto de estudios en torno a las *Tesis sobre la historia: La mirada del ángel*, México, UNAM/Era, 2005.

²². B. Echeverría, “Benjamin: mesianismo y utopía”, en *Valor de uso y utopía*, México, Siglo XXI, 1998, p. 122.

permanente entre el bien y el mal como determinante del ser de lo real, mira en la vida humana, lo mismo en la pequeña de todos los días que en la vida grande de los pueblos, una victoria parcial del mal sobre el bien. [...] En esta historia, que se encuentra dominada por el mal, [el ser humano] vislumbra sin embargo la posibilidad de que aparezca algún día el momento de la redención, del acto o el sacrificio mesiánico capaz de integrar al mal humano en el bien universal...²³

Utopía y mesianismo son categorías fundamentales en el pensamiento de Echeverría, en el curso de su reflexión acerca de la modernidad, así como el “concepto de revolución” en su relectura de Marx. “El ‘espíritu de la utopía’ no nació con la modernidad, pero sí alcanzó con ella su figura independiente, sus consistencia propia, terrenal. Giró desde el principio en torno al proceso de modernización, atraído por la oportunidad que éste parecía traer consigo –con su progresismo– de quitarle lo categórico al ‘no’ que está implícito en la palabra ‘utopía’ y entenderlo como un ‘aún no’ prometedor”²⁴ Justamente, esta promesa de “aún no” que alienta toda tentación de “cambiar el mundo” es la fuerza que articula *Las ilusiones*, en la formulación de unas tesis capaces de exponer la posibilidad de una modernidad diferente de la que se ha impuesto hasta el presente, de una “modernidad no capitalista”. Para Echeverría es fundamental reconocer el estado de perenne inacabamiento que es propio de la significación de los entes históricos, así como pensar que todo lo realmente existente puede ser concebido como potencialmente diferente: “la modernidad no sería ‘un proyecto inacabado’; sería, más bien, un conjunto de posibilidades exploradas y actualizadas sólo desde una perspectiva y en un solo sentido, y dispuesto a que lo aborden desde otro lado y lo iluminen con una luz diferente”.²⁵ Este es el lugar desde donde interpreta la tesis once que formuló Marx sobre Feuerbach –“Los intelectuales sólo han *interpretado* el mundo de distintas maneras; de lo que se trata es de *transformarlo*”:²⁶ no como una frase que divorcia el pensar y el actuar, sino como una invitación a que “dejemos de mirar el mundo y reflexionarlo como un mero objeto, [...] dejemos de mantener esta distancia reflexiva y hundámonos en el mundo; es decir, si vamos a reflexionar reflexionemos pero desde dentro de la acción. Vamos a interpretar el mundo

23. *Ibíd.*, p. 131-132.

24. B. Echeverría, “Modernidad y capitalismo (15 tesis)”, p. 134.

25. *Ibíd.*, p. 137.

26. Karl Marx, Tesis sobre Feuerbach, trad. de Bolívar Echeverría, en B. Echeverría, *El discurso crítico de Marx*, México, Itaca, 2011, p. 121.

pero no para tener una nueva interpretación, una nueva imagen del mundo, sino para transformar el mundo”.²⁷ En suma, se trata de reflexiones que vuelven una y otra vez sobre la negatividad absoluta de la obra de Marx: “la negación marxista es permanente, lo que impide que todo orden se cierre; es la apertura infinita, el incesante no-Orden”.²⁸

La idea central de sus “15 tesis” resalta la subordinación del valor de uso al valor valorizándose; es decir, al hecho insoslayable de la devastación que trae consigo la modernidad capitalista (en la reconstrucción incesante de una “escasez artificial, justo a partir de las posibilidades renovadas de la abundancia”). Una devastación a la que ningún *ethos*, ni “comportamiento mediador”, puede escapar: la violencia moderna se expresa a través de la imposición de una “injusticia distributiva sistemática” (violencia de la explotación a través del salario). La violencia que monopoliza el Estado, puntualiza Echeverría, está ahí para garantizar el buen funcionamiento de la circulación mercantil.²⁹ Así, queda abierta la necesidad, más actual que nunca, de pensar y construir modelos alternativos a la modalidad capitalista. Actualizar, en palabras de Echeverría, el fundamento de la modernidad: la posibilidad real de que la abundancia pueda sustituir la escasez como experiencia fundante de la existencia humana en la tierra, gracias a la efectividad técnica. “Mostrar que lo que es no tiene más ‘derecho a ser’ que lo que no fue pero pudo ser; que por debajo del proyecto establecido de la modernidad, las posibilidades de un proyecto alternativo –más adecuado a las posibilidades de afirmación total de la vida, que ella tiene en su esencia– no se han agotado todavía”.³⁰ Recuperar la vieja sospecha de que el modelo bélico de existencia humana no es el único posible –de aniquilación de lo Otro (“de la naturaleza humana o extrahumana”), que es imaginable un modelo diferente, “donde el desafío dirigido a lo Otro siga más bien el modelo del *eros*”. Frente a la pregunta ¿Qué es ser hoy de izquierda?, Echeverría responde: Para mí, ser de izquierda significa hoy, dirigir

27. B. Echeverría, “Filosofía y discurso crítico”, p. 99.

28. A. Moreano, “Bolívar Echeverría...”.

29. Echeverría explica así las vinculaciones entre violencia y modernidad: “‘Vivir y dejar vivir’ es la norma de la sociedad civil: no hay que olvidar que para un propietario privado es siempre más provechoso el contrincante vivo –convertido convenientemente en deudor– que el enemigo muerto. [...] La violencia es algo de lo que la sociedad civil no puede prescindir. En efecto, su territorio no es el abstracto e ideal de la esfera de la circulación, en la que el cuerpo de los propietarios privados no sería más que una derivación angelical de su alma ajena a la violencia; su territorio es, por el contrario, el concreto y real del mercado, donde los propietarios privados tienen un cuerpo lleno de apetitos rebeldes al control del alma: un territorio sumamente proclive a la violencia”. “Violencia y modernidad”, en *Valor y uso de utopía*, México, Siglo XXI, 1998, p. 99.

30. B. Echeverría, “Modernidad y capitalismo (15 tesis)”, p. 144.

o alinear las ideas y los comportamientos, sea donde sea y en el lugar que sea en referencia a la posibilidad de una modernidad alternativa, no capitalista”.³¹ El discurso crítico de Echeverría es un llamado a subvertir el orden establecido, desde lo más mínimo hasta lo más amplio y colectivo, bajo el modo de una refutación incesante y sistemática contra la “dictadura del capital”.³² Bolívar Echeverría calificó el corto siglo XX (1914-1989), como el de las Tinieblas, puesto que en su vuelta no ha dejado de evidenciar que la modernidad en su versión capitalista, el “mejor de los caminos posibles”, devino un “despeñadero catastrófico”, una caída que arrastra a la humanidad entera hacia la “barbarie tan temida”. De allí que, a lo largo de los últimos años de su producción intelectual –y anudado a la caída del Muro de Berlín como señal de una época–, no dejó de insistir en el llamado a refundar la izquierda, una izquierda definida a partir de una actitud ética de “resistencia y rebeldía” frente al modo capitalista de la vida civilizada.³³

Alejandro Moreano: la literatura como matriz de cultura

Alejandro Moreano es uno de los principales representantes del pensamiento crítico ecuatoriano.³⁴ Su trayectoria da cuenta de una aventura intelectual que no ha dejado de

31. B. Echeverría, Entrevista para la revista *Iconos*, FLACSO-Quito, mayo 2003. Disponible en <<http://www.bolivare.unam.mx/entrevistas/Entrevista%20para%20la%20revista%20Iconos.pdf>>.

32. B. Echeverría, “Discurso de recepción del Premio Libertador Simón Bolívar al Pensamiento Crítico”, Caracas, 2007. Disponible en <<http://www.bolivare.unam.mx/miscelanea/Discurso%20Caracas%20Julio%202007.pdf>>.

33. B. Echeverría, “¿Ser de izquierda, hoy?”, en *Vuelta de siglo*, México, Era, 2006, p. 261-272.

34. (Quito, 1944). Ensayista, novelista, politólogo. Catedrático de la Universidad Central del Ecuador y de la Universidad Andina Simón Bolívar. Ha sido director de la Escuela de Sociología de la Universidad Central del Ecuador por cuatro ocasiones. Su novela *El devastado jardín del paraíso* recibió en 1990 el Premio Único de la Primera Bienal de novela. Su libro *El apocalipsis perpetuo* estuvo entre los cinco textos finalistas del XXX Premio Anagrama de Ensayo, y recibió el Premio Isabel Tobar Guarderas del Municipio de Quito en el 2002. En esta obra, Moreano analiza el Nuevo Orden Mundial surgido luego del derrumbe del Muro de Berlín, fue escrita bajo el impacto del ataque a las Torres Gemelas y la guerra de Afganistán. En el 2004 recibió el Premio Nacional de Ciencias Sociales Pío Jaramillo Alvarado, otorgado por la Facultad Latinoamericana de Ciencias Sociales (FLACSO) a quien se ha destacado en las ciencias sociales de Ecuador y ha tenido una reconocida proyección internacional. En el conjunto de una amplia y diversa producción intelectual, sobresalen los siguientes trabajos: “Latinoamérica: el desarrollo del capitalismo y el pensamiento de la izquierda” (1971), “El escritor, la sociedad y el poder” (1983), “Capitalismo y lucha de clases en la primera mitad del siglo XX” (1983), “La tautología del poder y el lenguaje del pueblo” (1983), “Benjamín Carrión: el desarrollo y la crisis del pensamiento democrático-nacional” (1989), “El sistema político en el Ecuador contemporáneo” (1990), “La Pereistroka y América Latina” (1990), “Las diversas lecturas del populismo y su función política” (1992), “El movimiento indio y el estado multinacional” (1993), “La literatura y el asesino profesional” (1993), “Cambio de civilización” (1994), “¿Y la cantante calva?: la

indagar y producir conocimiento en diferentes ámbitos: la historia política y cultural del Ecuador, los debates en torno a la emergencia de la Modernidad, la idea de emancipación y la crítica al poder, el marxismo y América Latina, la creación literaria en Ecuador y Latinoamérica (con especial énfasis en el área andina), el discurso historiográfico como forma narrativa, mujer y literatura latinoamericana del siglo XIX, la Teología de la Liberación, el movimiento indígena, el Medio Oriente, entre otros. Se trata de una trayectoria académica que sobre todo lleva el sello de una profunda humanidad y generosidad intelectual, en cuyo pensamiento resulta imposible divorciar lo estético, lo político, lo académico, lo social, lo teórico. En el campo de los estudios literarios, sobresalen sus trabajos concernientes a la Generación del 30, el realismo y Pablo Palacio; la literatura indigenista, la producción literaria de la América andina, Kafka, Dostoievski, Borges, el Barroco y (Neo)barroco latinoamericanos.

El origen de su carrera intelectual se remonta a los años sesenta, muy ligado a la noción del compromiso del escritor y el llamado a tomar conciencia de su responsabilidad frente a la historia y a su época, en el marco de un explícito diálogo con Sartre. Formó parte del grupo de los “tzántzicos”, ligado a las revistas literarias *Z*, *La bufanda del sol*, *Pucuna*, *Indoamérica*, en cuyas páginas aparecieron sus primeros ensayos. En las décadas del sesenta y setenta participó activamente en procesos de solidaridad con Cuba y la Revolución vietnamita. Hacia finales de los setenta fue dirigente de la solidaridad con la Revolución sandinista y la guerra civil en contra de Somoza, década en la que estuvo vinculado a la política universitaria,³⁵ los movimientos sindicales y al trabajo de

universidad y los nuevos movimientos sociales” (1994), “Democracia y contradicciones sociales” (2001), “La guerra perpetua por la hegemonía imperial” (2003), “Desarrollo local, interculturalidad y globalización” (2003), “La guerra que espera su turno” (2004), “América Latina, política y movimientos sociales” (2004), “La guerra infinita” (2005), “Un nuevo cambio de paradigmas” (2006), “Entre la permanencia y el éxodo” (2008), “Borges y la modernidad latinoamericana” (2001), “Neoliberalismo, cultura y sociedad” (2011), “Agustín Cueva: literatura, historia y política” (2012), “La literatura andina en el siglo XX” (2013), entre otros.

35. “Alejandro se mueve en los dos ámbitos: como maestro y como político, como militante de la izquierda y de las organizaciones sociales. En los setenta, cuando se reabre la Universidad Central del Ecuador, después de la clausura decretada por Velasco Ibarra, Alejandro Moreano será uno de los ejes de la Escuela de Sociología y Ciencias Políticas, sobre todo en cuanto a su línea de análisis histórico acerca de las luchas de clases en el Ecuador. Uno de los aportes de Alejandro es, precisamente, su lectura del marxismo, que rompe con el pensamiento oficial e introduce otras corrientes que estaban en boga como la de Althusser y la del pensamiento marxista de fines de los sesenta y setenta. Alejandro introduce en la Escuela de Sociología una visión de la ciencia social ligada a la cultura, una serie de pensadores a nivel cultural, artístico, literario. La revista *La bufanda del sol*, que encabeza Moreano a fines de los sesenta y pervive hasta el año 72, no solo es

publicación en la *Prensa Obrera*. En los ochenta, a partir de la invasión israelí al Líbano, la expulsión de los palestinos y la masacre de Chatila y Sabra, inició su solidaridad con Palestina:

No se trata de que tenga orígenes árabes. Mi nariz más bien es judía. Pero mi solidaridad tiene también relación con mis pasiones literarias. Amo a Jean Genet, el mayor dramaturgo del siglo XX, quien vivió con los palestinos en los 70, en los márgenes del río Jordán. [...]. En ese momento, Genet, que era huérfano, renegó de su nacionalidad francesa y se reconoció palestino. Pero Genet estuvo también con los Panteras Negras y se reconoció afroamericano. Yo me reconozco palestino pero también, en estos momentos, me considero griego o partícipe del Movimiento Ocupa Wall Street, o indio ecuatoriano o boliviano.³⁶

En los noventa y la entrada del nuevo siglo, participa activamente en el debate en torno al levantamiento indio, la lucha por la tierra, y la conquista de derechos civiles y políticos de los pueblos indios; escribe sobre el Nuevo Orden Económico Internacional, los efectos de la globalización, a propósito de la caída del Muro de Berlín, la Guerra de Iraq, el ataque a las Torres Gemelas y el impacto de los nuevos movimientos sociales. En *El apocalipsis perpetuo*, Moreano desarrolla la tesis de la metamorfosis del “Otro”, de los movimientos de liberación nacional, en el “otro” de las diversidades étnicas, y la transformación de “Occidente” en el significante vacío universal de todas las culturas convertidas en particulares.

La pasión por la literatura, y también por el cine, ha sido un eje central en el pensamiento crítico de Alejandro Moreano, desde donde ha producido un prolífico diálogo con la política en su permanente reflexión acerca de la historia contemporánea. Afirma que la tesis sartreana de la rebelión y el compromiso impactó en los jóvenes intelectuales de Ecuador y América Latina, que oscilaban entre la “tentación de la política” –que establece imperativos éticos y vitales desde la militancia– y la “tentación de la literatura” –que

un hecho cultural y literario, sino que en realidad da cuenta de lo que fue la visión de Alejandro en la docencia, en la creación de una corriente de pensamiento dentro de la UCE, una línea literaria local pero también internacional.

Diría que el pensamiento de Alejandro logra hacer el contacto del pensamiento de Agustín Cueva con nuestra generación, éste nos llega por su mediación, sobre todo lo que tiene que ver con el debate entre el marxismo y la teoría de la dependencia.” Entrevista a Napoleón Saltos, “Moreano: la continuidad histórica del pensamiento crítico latinoamericano”, *Malaidea. Cuadernos de reflexión*, No. 3, Quito, abril 2012, p. 129.

36. “Breves pinceladas al pensamiento de Alejandro. Entrevista a Alejandro Moreano”, en *Malaidea. Cuadernos de reflexión*, No. 3, Quito, abril 2012, p. 166.

despliega un imaginario estético de la libertad. La propuesta de Sartre, señala, intervino en el dilema al plantear que el compromiso literario no partía solamente de una exigencia política, sino de la interioridad de la forma literaria, especialmente en la prosa: “la dialéctica entre literatura y política es, en una primera instancia, el viejo conflicto entre literatura y vida, un conflicto permanente que ya Thomas Mann lo planteaba, e incluso el propio Goethe en el *Fausto*. La política representa la vida, y la literatura quiere sustraerse a ella”.³⁷ En esta perspectiva, uno de sus intereses ha sido pensar los complejos vínculos entre vanguardia literaria y vanguardia política: “Incluso en la Revolución francesa surgieron Sade o Thomas de Quincey, el uno planteando la subversión de la cultura, y el otro, la tesis del asesinato como una de las bellas artes. El Che Guevara llevaba en su mochila la poesía de Rafael Alberti y *La condición humana* de Malraux.”³⁸

La obra de Alejandro Moreano se encuentra dispersa en un sinnúmero de antologías, libros colectivos, revistas, periódicos, espacios virtuales, como resultado de un pensamiento ligado a la docencia, y a la acción política de movimientos sociales y partidos de izquierda: “Soy partidario de un pensamiento político que se pronuncie desde más de un lugar y no desde la asepsia de la Academia que postula una falsa neutralidad. [...]. Más aún, diría que mi más amplia participación y el mayor tiempo empleado en la labor comunicativa, ha sido aquella que consta en innumerables hojas volantes, manifiestos y folletos”.³⁹ Esta vocación de escritura múltiplemente situada ha definido su particular adhesión al ensayo, como género de larga tradición latinoamericana, y ecuatoriana de la mano de Raúl Andrade, Benjamín Carrión, Alfredo Pareja Diezcanseco, Leopoldo Benites Vinueza, Agustín Cueva, Bolívar Echeverría. La preferencia por el ensayo –ese género impuro, de forma fragmentaria y fluyente “entre el pensamiento analógico, propio del discurso literario, y el pensamiento lógico, propio del discurso científico”–⁴⁰ surge en el crítico como reacción a la especialización técnica del saber y a la aparente objetividad que ofrece el conocimiento de las ciencias sociales (que prioriza la descripción y la cuantificación demostrativa), a

37. “Sartre fue para nosotros el maestro de una filosofía de la vida”, Entrevista de Alicia Ortega a Alejandro Moreano, en *Sartre y nosotros*, Alicia Ortega, edit., p. 188.

38. “Breves pinceladas al pensamiento de Alejandro...”, p. 166.

39. *Ibíd.*, p. 165.

40. A. Moreano, “El discurso historiográfico ecuatoriano como forma narrativa (periodo 1920-1950)”. Manuscrito facilitado por su autor.

favor de la abierta intervención del ensayista y la subjetividad creadora. El ensayo, sostiene Moreano:

Lejos de negar la individualidad, afirma la intervención del sujeto en el mundo y se postula a sí mismo como una intrusión en la vida social. Se propone organizar y movilizar las pasiones, las ideas, los gustos, los estados de ánimo. Un discurso político y una forma literaria, a la vez una visión literaria del mundo y un lenguaje político. [...]

A pesar de que en muchos casos puede provenir de una significativa investigación teórica y/o empírica, no se constituye en el terreno de la pretensión del conocimiento ni de la descripción neutra de la exterioridad de lo real. Se mueve entre el saber y la vida, entre el saber y el mundo, entre el saber y las pasiones. Es una “forma” literaria.⁴¹

Alejandro ha señalado que la Revolución cubana, “en América Latina, tuvo un impacto en el arte y la literatura, más que en las ciencias sociales que todavía no estaban constituidas. En el caso de Ecuador, amén de los efectos sociales y políticos en muchas organizaciones, la Revolución cubana se expresó en la literatura, y su forma más inmediata de recepción fue el tzantzismo. Y es que la crítica cultural dimanada de la literatura es una de las grandes constantes de los procesos de cambio histórico”.⁴² Este señalamiento es clave, puesto que se encuentra en directa relación con la centralidad que ha tenido la literatura, los imaginarios estéticos, las estructuras simbólicas de la cultura, en la formación y desarrollo del pensamiento del crítico ecuatoriano. Es más, sus reflexiones en relación con la política, la cultura, la sociedad, la historia, la filosofía se han construido y enriquecido desde su pasión por la literatura y en permanente diálogo con ella. Podemos afirmar que los postulados de Alejandro Moreano resultan del esfuerzo por encontrar vasos comunicantes entre la literatura y diferentes ámbitos de las ciencias sociales: el pensamiento marxista y el psicoanálisis, la teoría del Barroco, la lingüística, la crítica a la Modernidad, la sociología, las teorías de la comunicación, la semiótica.

Su escritura se consolida enfáticamente en el terreno de la negatividad, de la crítica y la negatividad marxista: pensar en contra, hacer en contra; es decir, como crítica permanente a la totalidad social existente:

41. A. Moreano, “Elogio del ensayo”, Diario *Hoy*, Quito, 9 de septiembre de 1990.

42. A. Moreano, en Eduardo Kingman y Felipe Burbano, “Marxismo, ensayo y ciencias sociales. Diálogo con Alejandro Moreano”, *Iconos*, No. 20, Flacso-Ecuador, Quito, p. 98.

No creo que la idea de la positividad de la libertad haya estado configurada en Marx quien, más bien, se negó a formular programas o utopías. ¿Cómo definía Marx al comunismo? No como un modelo de organización donde el individuo sería plenamente libre, sino como un movimiento de enfrentamiento irrevocable al poder. Es la revolución permanente lo que define la libertad. Se trata de una libertad negativa. Y allí descubrimos la traición del nihilismo a sí mismo: vivir al borde del abismo es aceptar el orden. [...]

Sobre este tema conviene recordar un sorprendente texto de Oscar Wilde sobre la relación del socialismo y el individuo. En la tradición de izquierda, Wilde era un ideólogo reaccionario, aristocrático, decadente. Pero resulta que Wilde era socialista y escribió un texto favorable al socialismo en términos de egolatría. Un texto muy sartreano ya que en Sartre es muy claro que la propiedad define al individuo. Lo que dice Oscar Wilde es que, en el socialismo, el hombre podrá entregarse al desarrollo exquisito, y trágico también, de su ego, porque no estará definido por algo externo a él como la propiedad, la riqueza o el poder.

Aquello de la plenitud del ser como característica del futuro orden comunista no existe [...]. La libertad plena es positiva y el marxismo siempre será crítico, negativo. No hay un momento en el que se volverá positivo para llegar al paraíso.⁴³

De allí que para él toda gran cultura se construye en desacuerdo con el orden establecido. Es precisamente este afuera como *locus* de enunciación privilegiado, el que ha posibilitado a Moreano develar la dimensión ética y estética de la praxis social, política y cultural. La apuesta por el afuera ha definido varias líneas fundamentales de su producción teórica: la actitud parricida en los orígenes de su carrera intelectual, para generar una nueva matriz de creación cultural; la predilección por el ensayo desde una crítica al saber especializado y a la autonomía estética; el afán por la unidad del pensamiento en su capacidad crítica a la totalidad social; la no oculta aspiración a fundir en su práctica intelectual el imaginario del “militante y el aventurero”.⁴⁴ El reconocimiento de América

43. *Ibíd.*, p. 102.

44. “Sartre escribió un artículo, antes de la aparición del Che Guevara, que calzaba muy bien con la época. ‘El aventurero y el militante’. En él, planteaba que el militante sacrifica su yo a la nación, a la clase, a la historia, al partido; en tanto el aventurero pide al mundo que sirva de escenario a la grandiosa realización de su yo. Una oposición radical. Sartre desarrolla esas ideas y llega un punto en el que dice ‘la verdad la tiene el militante; sin embargo, yo me quedo con el aventurero’. Porque el aventurero, más allá de su egolatría y de su vanidad, pone en tensión la radical condición humana. Allí está en pleno la filosofía sartreana.” A. Moreano, “Sartre fue para nosotros el maestro...”, pp. 191-192.

Latina en la escena universal a partir de la Revolución cubana: “América Latina se volvió contemporánea del mundo en la medida en que el mundo se volvió contemporáneo de América Latina. Los grandes movimientos juveniles europeos, particularmente el Mayo Francés, se sintieron herederos de Vietnam y la revolución latinoamericana, y el Che y el Tío Ho fueron sus símbolos”.⁴⁵ Caracteriza el pensamiento de Moreano el fecundo diálogo con el trío Fanon-Sartre-Genet; el reconocimiento de las pasiones como materia prima de la literatura y de un ejercicio crítico fundado en la búsqueda sedienta de sentido; la fascinación por la condición marginal de escritores y personajes, así como por los grandes mitos eróticos como el Don Juan creado por el Barroco español y Doña Bárbara, por la literatura latinoamericana: “Frente a la cosmovisión del colonialismo, la narrativa latinoamericana portaba otra visión del mundo, en la que la tragedia surgía en la medida en que la naturaleza, madre todopoderosa, celebraba su venganza sobre el hombre que, hijo y parte sustancial de la madre, pretendía dominarla”.⁴⁶

La formulación de una teoría del “matricidio” articula una crítica original, que resignifica el realismo y Jorge Icaza, la obra de Pablo Palacio y el código de valoración crítica que ha hegemonizado la crítica y la historiografía literaria ecuatoriana (que ha concebido la evolución de las forma desde una perspectiva lineal y eurocéntrica). En este sentido, Moreano observa que, desde los años cincuenta, la literatura ecuatoriana vive un inacabable parricidio frente a la Generación del 30, como “una suerte de rito de pasaje que toda nueva generación debe cumplir”. En clave edípica, Moreano interpreta las reiteradas condenas a la Generación del 30:

Ruptura con las hablas, la identidad, la historia de América Latina. ¿No será acaso que el renovado parricidio de la Generación del 30 en el fondo ha sido un interminable matricidio? [...].

El Edipo ecuatoriano había tratado de huir de sus orígenes –del *Huasipungo*, de los indios, de Mama Pacha, de Mama Domitila. Celebra esa muerte en la dolarización del lenguaje.

⁴⁵ A. Moreano, “El escritor, la sociedad y el poder”, en *La literatura ecuatoriana en los últimos 30 años (1950-1980)*, Quito, El Conejo, 1983, pp. 112-113.

⁴⁶ A. Moreano, “La literatura andina del siglo XX”. Manuscrito facilitado por el autor incluido en esta antología.

Fallecidos Layo y Yocasta, sale a buscar un nuevo padre, sea en el Río de la Plata o en Europa.

Tal es la metáfora de la literatura ecuatoriana contemporánea que se inaugura con el asesinato de Domitila, Yocasta. [...]

Asesinar a Mamá Domitila pudo haber sido mortal. ¿Se puede elegir otra madre? Jean Genet lo hizo cuando en 1971, a orillas del Jordán, ocupó la cama de un joven palestino que pasó al otro lado del río. A la madrugada, la madre del muchacho entró a su cuarto a cambiar la jarra del agua: fue el instante beatífico en que Genet encontró a su madre imaginaria.

Sin embargo, Genet fue un niño abandonado por su madre real y los escritores ecuatorianos no; por el contrario, mataron a mamá Domitila. Genet, europeo, eligió a su madre entre los oprimidos del Tercer Mundo. Los escritores ecuatorianos tendrían que buscarla en Europa o los Estados Unidos.⁴⁷

Con el propósito de establecer los distintos momentos de esa “huida”, la de Edipo, Moreano problematiza un conjunto de afirmaciones que la crítica ecuatoriana ha elaborado acerca del realismo, desde un acercamiento que ha buscado aprehender el movimiento de la literatura bajo un modelo eurocéntrico, secuencial y gradualista de las formas, –como una línea continua y de evolución progresiva, cuyas diferentes expresiones tienden a ser valoradas como superación de las anteriores–, sin prestar atención a la siempre tensa convivencia de plurales estéticas, tradiciones e imaginarios que definen el espesor discursivo en cada uno de los momentos de la dinámica literaria. Toda intervención crítica supone el reconocimiento de proyectos literarios que conviven en dinámicas de enfrentamiento, luchas de reconocimiento y juego de exclusiones que expresan las disputas por el poder interpretativo y la legitimidad de una forma poética frente a otras. Dado que la literatura de vanguardia fue también en Ecuador –imperante al final de los veinte– anterior a la del realismo social –dominante en los treinta y cuarenta–, dicha cronología, observa Moreano, plantea conflictos a una crítica literaria que ha definido al realismo como el inicio del aprendizaje en el arte de narrar (“etapa infantil”, “primera escala”), en tanto que ha reconocido en la vanguardia una suerte de madurez literaria:

47. A. Moreano, “Entre la permanencia y el éxodo”, pp. 108-109.

Curiosa concepción de la evolución de las formas que va a contracorriente de la evolución de las artes y la literatura –el realismo es, en todo caso, posterior a las formas mitopoéticas– y de la formación del psiquismo humano, cuya edad infantil está marcada por el imaginario mítico. [...]

Por ejemplo, una sucesión que va de la literatura de vanguardia de los veinte al realismo social de los treinta y cuarenta, y al realismo mágico de los cincuenta, ¿qué tiene que ver con la historia de la literatura europea? El tremendo complejo de inferioridad de nuestra crítica literaria ha llevado a formular esa tesis absurda según la cual, a la manera de las innovaciones tecnológicas del capitalismo, las corrientes literarias surgen en Europa o Estados Unidos, tardan varias décadas en llegar a América Latina y otras más al Ecuador. A partir de esa ligereza teórica se ha escogido a Palacio por haber sido una suerte de Kafka temprano.⁴⁸

La apuesta por una literatura que se funda en la experimentación con las hablas populares, en el afán por “romper el cerrojo colonial del lenguaje”; la interpelación a una pretensión de cosmopolitismo que ha confundido el *locus* de enunciación con el *locus* del enunciado, cifran el aliento del trabajo ensayístico de Moreano, en el empeño por resignificar el corpus literario no solamente ecuatoriano, sino latinoamericano con particular énfasis en el área andina: “una nueva visión, moderna y aun cosmopolita del mundo puede expresarse en un texto, cuyo escenario sea un sanatorio perdido en las montañas, Comala, Santa Marta, el condado de Yoknapatawpha o Macondo, y que despliegue formas del realismo grotesco, cuyos personajes no estén contruidos en la exploración de sus demonios interiores”.⁴⁹ Lo que interesa a Moreano es resignificar la tradición literaria en el esfuerzo por pensar nuestro *corpus* literario en la búsqueda de nuevas articulaciones y por fuera de una evolución lineal, única y universal de las formas y los géneros. Sobre todo, se propone problematizar el *locus* de la enunciación crítica, en el esfuerzo por repensar los términos del debate a la hora de estudiar la literatura ecuatoriana: ¿desde dónde nos leemos?, ¿en relación a qué tradición?, ¿con qué conceptos entra en diálogo el fenómeno literario?, ¿qué saber porta el texto literario con respecto al mundo? Así, el crítico se pregunta:

48. A. Moreano, “Pablo Palacio: una línea paralela. La literatura de vanguardia”. Manuscrito facilitado por su autor.

49. *Ibíd.*

¿Acaso desde esa lógica lineal y eurocéntrica de la evolución de las formas, *Cien años de soledad* no se correspondería también con formas legendarias anteriores a la novela balzariana: *Las mil y una noches*, *Tristram Shandy*? [...] ¿Y acaso en la propia Europa no ha habido raccontos, bifurcaciones, laberintos del tiempo que van desde el “medievalismo de Joyce”, hasta las exploraciones de Günter Grass y algunos novelistas españoles actuales en la picaresca, el *Quijote* y el realismo grotesco del gran Rabelais?⁵⁰

Imposible no reconocer la matriz sartreana de un pensamiento que se consolida en el terreno de la negatividad, la crítica radical, la búsqueda de un afuera como horizonte de pensamiento. Recordamos que Alejandro Moreano, en los inicios de su trabajo intelectual, tomó un breve fragmento escrito por Sartre, como prólogo a *Los condenados de la tierra*, para epígrafe de los dos primeros números de *La bufanda del sol*: “No nos convertimos en lo que somos sino mediante la negación íntima y radical de lo que han hecho de nosotros”. En ese texto nuestro pensador reconoce la fuerza de la negación como movimiento de búsqueda y estrategia discursiva. Una estrategia que se traduce en la necesidad de la lucha por la universalidad del colonizado, lo que supone un ejercicio crítico en consonancia con una subjetividad que se ha tornado periférica a nivel mundial y resignifica los términos del debate referido a lo universal y lo particular.

Los textos seleccionados para esta antología, “La literatura andina en el siglo XX” y “La Generación de los 30: literatura, ensayo, historia. La novela social en Ecuador” son altamente representativos del ejercicio crítico de Moreano, en torno al estudio de la literatura ecuatoriana en una perspectiva latinoamericana. Ambos trabajos revelan de cuerpo entero al ensayista apasionado y erudito en el conocimiento de un amplio corpus literario a nivel regional, siempre desde un diálogo sensible y creativo con hitos de la biblioteca mundial. Hace ya varias décadas, Cueva hacía notar que en Ecuador se sabe poquísimo sobre la latinoamericana contemporánea. “Hay, observa Cueva, una transnacionalización editorial asfixiante, que dificulta cada vez más el intercambio literario entre nuestros países y, en principio al menos, condena a los escritores que no forman parte de algún boom o alguna moda ‘universal’ al casi total anonimato fuera de sus fronteras. En el caso del Ecuador la situación es todavía más grave dado el poquísimo peso de su

50. *Ibíd.*

industria editorial a nivel continental”.⁵¹ La observación de Cueva es atinada y, a pesar de los años transcurridos, actual. Las cosas, en este sentido, no han cambiado. Nos leemos y nos conocemos poco. En razón de ello, resulta fascinante la lectura del ensayo sobre literatura andina. Moreano lee con profundidad y desde perspectivas renovadoras un amplio corpus literario, en el que incluye nombres y títulos que forman parte del canon establecido, así como otros que nos resultan menos conocidos justamente en función de las razones expuestas por Cueva. Como tan acertadamente ha formulado Octavio Paz: “La crítica es lo que constituye eso que llamamos literatura y que no es tanto la suma de las obras como el sistema de sus relaciones: un campo de afinidades y oposiciones”.⁵² Un campo de batalla, añadimos. Un campo en el que nos disputamos formas de lectura y sentidos, en el curso de una memoria literaria que apela a tradiciones que se recomponen entre la filiación y la ruptura.

Los tres escritores que forman parte de este libro, como hemos podido observar, comparten similares filiaciones, preocupaciones y búsquedas. Cueva, Echeverría y Moreano otorgan a la literatura una centralidad en el mundo contemporáneo. Precisamente, la aproximación de Moreano a Borges tiene que ver con su interés por comprender las estrategias a partir de las cuales Borges destronó a la filosofía de su sitio para colocar en su lugar a la literatura, “convertida en el nuevo gran metalenguaje contemporáneo”. Bolívar Echeverría también ha sido enfático al momento de señalar es en la literatura en donde se ha volcado la capacidad reflexiva de los latinoamericanos. Los tres ensayistas estudiados destacan el lugar central de la cultura al momento de problematizar el sentido de la modernidad, sus complicidades con formas de violencia institucionalizadas, la vigencia de matrices coloniales de pensamiento. Sensibles a la dación de forma en la cotidiana humana, estos pensadores articulan, desde una profunda reflexión acerca de la cultura, una mirada esperanzadora en la búsqueda de formas alternativas de vida a la experiencia existente de la modernidad, en la que todos de una forma u otra estamos embarcados.

51. A. Cueva, “Veinte años después”, p. 22.

52. Octavio Paz, “Sobre la crítica”, en *Corriente alterna*, México, Siglo XXI, 1971, p. 40.

Bibliografía

Aguirre, Carlos Antonio, “El itinerario intelectual de Bolívar Echeverría”, en Bolívar Echeverría, *Siete aproximaciones a Walter Benjamin*, México, ediciones de abajo, 2010.

Cueva Agustín, *Entre la ira y la esperanza*, Quito, Planeta, 1987.

-----, *Literatura y conciencia histórica en América Latina*, Quito, Planeta, 1993.

-----, *Lecturas y rupturas. Diez ensayos sociológicos sobre la literatura del Ecuador*, Quito, Paneta, 1986.

Echeverría, Bolívar, *Discurso crítico y modernidad. Ensayos escogidos*, México, ediciones de abajo, 2011.

-----, *Las ilusiones de la modernidad*, México, UNAM/El equilibrista, 1995.

-----, *El materialismo de Marx. Discurso crítico y revolución*, México, Itaca, 2011.

-----, *La modernidad de lo barroco*, México, Era, 1998.

-----, *Modernidad y blanquitud*, México, Era, 2010.

-----, *Valor y uso de utopía*, México, Siglo XXI, 1998.

-----, *Vuelta de siglo*, México, Era, 2006

Gandler, Estefan, *Marxismo crítico en México: Adolfo Sánchez Vázquez y Bolívar Echeverría*, México, Fondo de Cultura Económica, 2000.

Moreano, Alejandro, “Agustín Cueva”, en Alicia Ortega, edit., *Historia de las literaturas del Ecuador. Literatura de la República,: 1960-2000 (segunda parte)*, t. 8, Quito, Corporación Editora Nacional/Universidad Andina Simón Bolívar, 2012, pp. 225-248.

-----, “Borges, vanguardia y modernidad latinoamericana”. Manuscrito facilitado por el autor.

-----, “La crítica frente a la Generación del 30: un parricidio inacabable”. Manuscrito facilitado por el autor.

-----, “El discurso del (neo) barroco latinoamericano: ensayo de interpretación”. Manuscrito facilitado por el autor.

-----, “Elogio del ensayo”, *Diario Hoy*, Quito, 9 de septiembre de 1990.

----, “El escritor, la sociedad y el poder”, en *La literatura ecuatoriana en los últimos 30 años (1950-1980)*, Quito, El Conejo, 1983, pp. 101-132.

-----, “La Generación de los 30: literatura, ensayo, historia. La novela social en Ecuador”

-----, “La literatura andina en el siglo XX”

----, “Pablo Palacio: una línea paralela. La literatura de vanguardia”. Manuscrito facilitado por el autor.

Entrevistas citadas

“Breves pinceladas al pensamiento de Alejandro. Entrevista a Alejandro Moreano”, en *Malaidea. Cuadernos de reflexión*, No. 3, Quito, abril 2012, pp. 165-174.

Kingman, Eduardo y Felipe Burbano, “Marxismo, ensayo y ciencias sociales. Diálogo con Alejandro Moreano”, *Iconos*, No. 20, Flacso-Ecuador, Quito, pp. 98-107.

“Moreano: la continuidad histórica del pensamiento crítico latinoamericano”, Entrevista a Napoleón Saltos, *Malaidea. Cuadernos de reflexión*, No. 3, Quito, abril 2012,

“Sartre fue para nosotros el maestro de una filosofía de la vida”, Entrevista de Alicia Ortega a Alejandro Moreano, en *Sartre y nosotros*, Alicia Ortega, edit., Quito, Universidad Andina Simón Bolívar / El Conejo, 2007, pp. 183-204.

Entrevista a Bolívar Echeverría para la revista *Iconos*, Quito, mayo 2013. Disponible en <<http://www.bolivare.unam.mx/entrevistas/Entrevista%20para%20la%20revista%20Iconos.pdf>>.

Tinajero, Fernando, “Agustín Cueva, o la lucidez apasionada”, en *Agustín Cueva. Ensayos sociológicos y políticos*, introducción y selección de Fernando Tinajero, Quito, Ministerio de Coordinación de la Política, 2012, p. 9-72.

Valdano, Juan, “Agustín Cueva: compromiso y ruptura”, en Agustín Cueva, *Literatura y sociedad en el Ecuador. Antología*, Prólogo, selección, notas y cronología de Juan Valdano, Quito, Ministerio de Educación, 2009, 7-38.